

I

Dalton era más alto que yo. También, mucho más fuerte. Lo imaginé sentado junto a la ventanilla, fumando de esa manera arrogante que tanto gustaba a las chicas, aprisionando el cigarrillo entre los dedos índice y medio, llevándoselo después a la boca para soltar finalmente una bocanada de humo con los ojos entornados.

Cerré las puertas del departamento e hice ademán de seguir adelante, pero pronto desistí. Había explorado bien el vagón y ése era el primero que encontraba vacío.

Acababa de despedirme de la señora Simmons con un cálido apretón de manos. Ni siquiera una trágica circunstancia como la muerte de mi madre me animó a darle el beso que seguramente esperó de mí. Ella, ya mayor y con la inquietante perspectiva de quedarse a vivir sola, tampoco se sintió con valor para besarme.

Ninguno de los dos pronunciamos una palabra. La mujer señaló con mano trémula el tren que estaba a punto de salir y luego apuntó a la maleta que aguardaba en el suelo. Yo, antes de poner el pie en el primer peldaño, me volví a mirarla y me enfrenté a la estampa de una señora elegante con las mejillas bañadas en lágrimas.

Era la primera vez que la veía llorar. Quizás por eso guardé aquella imagen apenas la locomotora se puso en marcha y cerré los ojos. Se mantuvo fija durante los traqueteos iniciales, pero luego se transformó en una película que me la recordó obligándome a vestir decentemente, riñéndome después de descubrir revistas en el interior de mis libros o amenazándome severamente con acudir a mi madre para hacerla partícipe de una de mis travesuras.

Los recuerdos de la señora Simmons dieron paso a los de Sheffield, la población que acababa de abandonar. Fue allí donde

mis abuelos murieron víctimas de la gran inundación de 1864, cuando la presa Dale Dyke se derrumbó. Tenían poco más de veinte años y dejaban huérfano a un bebé de meses que creció al cuidado de Ethan Coleman, propietario de un taller de cuchillería ubicado en las afueras de la ciudad.

Siendo todavía un muchacho, mi padre se independizó para trabajar en una fábrica textil. Luego, su agudeza lo llevó a contactar con ricos empresarios, y en poco tiempo arrendó una mina de carbón que pertenecía a la Iglesia. Después de varios años de dura explotación, terminó haciéndola suya. Fue así como comenzó a amasar una considerable fortuna.

Murió justo en el período de recesión que precedió a la segunda de las guerras mundiales, dejando a mi madre al frente de una fábrica de acero y al cuidado de cuatro hijos.

Yo, el menor de todos, trabajaba bajo la supervisión del capataz más antiguo de la acería, registrando las entradas de carbón y hierro y controlando la contratación de los obreros más cualificados del sector.

Aún no había cumplido los veinte años cuando proyecté marcharme de la ciudad, convertida por aquel entonces en blanco de los bombardeos alemanes, que buscaban destruir todas las factorías en las que se produjese armamento y munición.

En el último momento, animé a mi mejor amigo a huir conmigo.



Dalton White tenía sobradas razones para acompañarme, pues pocas semanas antes había perdido a los suyos en el transcurso del peor ataque que se recuerda, acaecido una noche de diciembre de 1940. En cambio yo, dejaba atrás un próspero porvenir, toda vez que la compañía Sanders gozaba de buena reputación y contaba con inmejorables expectativas de abrirse a nuevos mercados.

Pese a ello, el inquietante devenir de la guerra pronosticaba todo tipo de augurios. El peor de todos pasaba por que las potencias del Eje, en su afán por asolar las factorías en las que se producía acero, arrasasen la fábrica familiar durante una de sus incursiones aéreas.

En cualquier caso, Dalton y yo no hicimos más que sumarnos a las miles de personas que desde todos los rincones de Inglaterra decidieron partir para Gales.

Todo apuntaba a que haríamos el viaje más corto, tomando el camino de Chester para luego llegar a las costas del norte. Sin embargo, cuando averigüé que los Evans iban a trasladarse en tren a Derby para posteriormente recorrer en autobús las carreteras que llevaban a Hereford, convencí a mi amigo de la conveniencia de encaminarnos hacia el sur.

Nada me hacía pensar en aquellos momentos que acabaría en Swansea, siguiendo los pasos de Evelyn, que por aquel entonces contaba dieciocho años.



Supe por ella la historia de su familia. Su padre, Ashley Evans, trabajaba como operador de torno hasta que una aguda disentería lo obligó a quedarse en casa. Su madre, Hester Evans, dedicada a las labores domésticas, no se amilanó ante la nueva situación y solicitó hacerse cargo de las tareas de su marido en la pequeña fábrica en la que éste trabajaba. Contra todo pronóstico, no encontró reticencias por parte del propietario.

Ciertamente, el hombre se dejó guiar por las proclamas propagandísticas del Gobierno británico, que alentaba a las mujeres a convertirse en heroínas de la guerra, sumando a los quehaceres del hogar los trabajos que hasta entonces habían estado reservados a los hombres. En consecuencia, fue muy receptivo a la propuesta de la mujer y la contrató nada más entrevistarla.

Dos fueron las causas que llevaron a Hester Evans a abandonar el empleo a los siete meses: por un lado, cobraba un salario humillante, muy inferior al de su marido; y, por otro, era objeto de las burlas, el desprecio y la indiferencia de sus compañeros de trabajo, muy reacios a compartir espacio en una nave con una mujer a la que había que adiestrar en el oficio.

Los combates aéreos que libraban los aviones alemanes y británicos aumentaban por días. No había noche en que los Evans, apenas se cercioraban de que sus hijos dormían, dejaran de encender la radio para seguir los partes informativos que emitía la BBC.

Una madrugada escucharon cómo el Gobierno animaba a las familias a que mandasen a los suyos a las zonas alejadas de las grandes urbes para apartarlos de los peligros de la contienda.

Hester no logró conciliar el sueño. Se le hacía muy difícil estirar los pequeños ahorros con los que aún vivían, y la enfermedad de su marido, lejos de remitir, se agravaba por momentos. Escribió a una hermana de su padre que vivía en Conwy esperando encontrar en ella una oportunidad con la que dar un giro a su vida. La respuesta de su tía fue razonablemente alentadora. Le comunicaba que había enviudado y que desde entonces venía saliendo adelante como buenamente podía. Había encontrado trabajo en un hotel de Llandudno. En él, además de proporcionar alojamiento a los clientes, se ofrecían los servicios propios de un balneario. La animaba a trasladarse allí con su marido enfermo y sus hijos, pues aseguraba que raro era el mes en que el próspero establecimiento no contrataba unas manos dispuestas a sacar brillo a las paredes y a los suelos de los baños. Según ella, las generosas propinas de los viajeros ayudaban a no reparar tanto en lo exiguo del salario que pagaban.

Después de no pocas dudas y vacilaciones, la señora Evans escribió de nuevo a su tía para anunciarle que su marido estaba dispuesto a afrontar la experiencia. En consecuencia, en cuanto terminasen los preparativos, se desplazarían a Gales.

Justo cuando los Evans acababan de firmar el documento de venta de su humilde vivienda, llegó la carta de respuesta. La remitía un señor que se presentaba como dueño del Great Horne Hotel. En ella, el hombre comunicaba a Hester la reciente muerte de su tía.

Hubo que reaccionar con urgencia. Acababan de malvender la casa y ya no había vuelta atrás. Según lo pactado, debían dejarla vacía en el plazo de quince días. La señora Evans pensó entonces en sus parientes de Herefordshire, que tenían una finca rústica a escasas millas de Hereford, a orillas del río Wye. Ella buscaría trabajo en la capital o en alguna villa del condado, en tanto que sus hijos crecerían sanos y fuertes entre frutales, libres del humo de las fábricas.

Poco podía imaginar que una fiebre pertinaz y unas diarreas severas pondrían fin a la vida de su marido mientras viajaban.

Pidió al conductor del autobús que detuviese el vehículo en Bromsgrove. Allí alquiló un coche para trasladar el cadáver de Ashley Evans a Redditch, donde lo enterró dignamente a cambio de unas libras.

Tampoco sospechó que, poco después, la mujer de su primo los acogería de manera fría y distante.